**El Seguimiento de Jesús: una Invitación a la Plenitud; pero Costosa**

*Por Pedro Méndez*

¡El Domingo, Día del Señor, está aquí! ¡Las campanas de la iglesia están sonando, y el pastor con un diácono y los monaguillos—con caras sonrientes—le dan la bienvenida a los feligreses que vienen a Misa! La Celebración por la cual Cristo se da así mismo a través de su Palabra y de su propio Ser, comienza—algunos himnos son cantados por un coro haciéndole eco al Cielo, el incienso llena el ambiente con su fragancia divina, las lecturas son proclamadas, la homilía es predicada, nosotros mismos nos entregamos en sacrificio en el ofertorio, el Cuerpo y la Sangre de Jesús se nos da a través de las manos de hombres y mujeres, y una misión es dada a nosotros al final de la misa! ¡Qué hermosa celebración! ¿Puede considerarse algo más aparte de ésta magnífica Celebración? Después de todo, afirmamos que la "Eucaristía es la fuente y cumbre de la vida cristiana". *Sin embargo,* *hay algo más a considerar: ser seguidores (discípulos) de Jesucristo en nuestra vida diaria.*

A lo largo de los evangelios, Jesús nos invita a seguirlo de una manera firme e inquebrantable, así como también nos revela los frutos eternos y el costo de seguirlo. Consideremos esto: *nuestro seguimiento de Jesús tiene frutos eternos, es decir,* *nuestro encuentro con Jesús y con Su pasión, muerte y resurrección, en medio de nuestras experiencias de la vida cotidiana, produce frutos… ¡que nos llevan a la eternidad con Dios mismo!* *Por lo tanto,* *el seguimiento de Jesús tiene su fuente y cumbre en la Eucaristía; pero se desarrolla fructíferamente a través de una relación diaria con Él.*

Nos encontramos con Jesús cuando, *diariamente,* *de forma intencional,* hacemos tiempo para orar, leer las Sagrada Escrituras, celebrar los Sacramentos, y servir a los más necesitados, entre otros aspectos. Abrazamos la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo cuando rendimos, *diariamente,* todos nuestros infortunios de la vida a la pasión y muerte de Jesucristo, así como también cuando unimos nuestra felicidad a Su resurrección. A partir de aquí todas las virtudes y habilidades que necesitamos para relacionarnos con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la creación emergen… ¡satisfaciendo nuestra existencia diaria! Por lo tanto, ser un seguidor de Jesús es convertirse en un *testigo* de su amor y de su misericordia para todos los que nos rodean. En palabras del Papa Francisco, ser un seguidor de Jesús es ser un discípulo misionero.

¿No están nuestros corazones anhelando esta experiencia diaria que satisface todo nuestro ser? Sí, lo están; ¡porque nuestros corazones formados, por las experiencias diarias, fueron creados para ser realizados solamente en Dios! Sin embargo, hay un costo: *necesitamos rendirnos totalmente a Jesucristo, lo que incluye, según el Evangelio de Lucas, odiar a nuestros familiares, tomar nuestra cruz, y hasta, de ser necesario, estar listos a renunciar a nuestras posesiones.* ¿Está Jesús, realmente, pidiéndonos odiar a nuestros parientes y no cumplir con nuestros deberes familiares? ¡No! Jesús nos invita a seguirle a través de una lealtad inquebrantable y firme, que el Evangelio de Mateo explica como "amar a Jesús *más que a* nuestros familiares" (10:37). En una palabra, *Jesús nos invita a ser Sus seguidores al colocarlo en el centro de nuestras vidas de una manera muy determinante, hasta el punto que lo amemos más que a nuestros parientes.* A su vez, aprenderíamos, de Jesús mismo, a relacionarnos con Dios, a amar a nuestros parientes y enemigos, a tomar nuestra cruz, y colocar nuestros bienes materiales en su lugar apropiado.

Jesús nos está invitando a una relación diaria con Él para que la Celebración Eucarística Dominical pueda ser una fiesta que celebrar, en lugar de, como ocurre a veces, un deber que cumplir. ¿Aceptaría ésta costoso y satisfactoria invitación? Deseo que sí.